



TEN PIEDAD DE MÍ

Domingo XXX del Tiempo Ordinario



Eccl 35, 12-14.16-18 | Sal 33, 2-3.17-19.23 | 2Tim 4, 6-8.16-18

Evangelio según san Lucas 18, 9-14

Y refiriéndose a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, dijo también esta parábola: Dos hombres subieron al Templo para orar: uno era fariseo y el otro, publicano. El fariseo, de pie, oraba así: Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago la décima parte de todas mis entradas. En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se animaba siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador! Les aseguro que este último volvió a su casa justificado, pero no el primero. Porque todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.



No toda oración en genuina

Los destinatarios de la parábola tienen dos rasgos concretos: se consideran justos y desprecian a los demás. El fariseo entra en escena; se lo describe separado y erguido. En su interior hay una sola preocupación: no desviarse de la Ley escrupulosamente. Busca afanosamente la perfección, pero no se deja moldear por Dios, sino por la idolatría de su ego.

En segundo plano vemos al publicano. Personas encargadas de recaudar impuestos para Roma. Eran normalmente hebreos que habían comprado este cargo, seducidos por las ventajas que de él se derivan.

Los dos suben al Templo. El fariseo simboliza al hombre piadoso e íntegro. Un hombre religioso que cumple fielmente la ley, observa estrictamente las normas y paga los diezmos. Dios no puede sino bendecirlo. El publicano evoca la inmoralidad y la vergüenza. No sostiene el templo, no podrá reparar sus abusos ni devolver a sus víctimas lo que les ha robado. El templo no es su sitio.

En la oración del fariseo resuena la frase “Gracias, porque no soy como...”. Parece una acción de gracias, pero no deja de subrayar su diferencia. De un lado está él y del otro, los pecadores.

En su oración el publicano expresa “ten piedad de mí...”, y se nos presenta con tres rasgos: se mantiene a distancia, no se atreve a levantar los ojos, se golpea el pecho. Pide a Dios *compasión*, todos lo rechazan por sus prácticas injustas.



“¡Bendito seas, Dios mío,
que tan bueno y misericordioso has sido conmigo!
Haz que te ame, que te sirva con todo fervor
y que te haga amar y servir por todas las criaturas.

¡Dios mío y Padre mío!
Haz que te conozca y te haga conocer;
que te ame y te haga amar; que te sirva y te haga servir;
que te alabe y te haga alabar por todas las criaturas.

(...) ¡Dios mío y Padre mío!
Tú me ves a mí y yo no te veo a Ti,
pero creo que estás aquí presente.
Te respeto, te venero, te amo con todo mi corazón.

¡Virgen María, Madre de Dios, Madre mía!,
te suplico que me alcances la gracia
de que siempre piense que Dios me mira y me oye,
y que yo también lo vea y le hable.

¡Dios mío, qué bueno eres!
De qué medios tan inesperados te vales
para la conversión de los pecadores.
Bendita sea la gran Providencia que siempre has tenido sobre mí.
Yo ahora y siempre cantaré tus eternas misericordias. Amén”.

(Fragmento. *Los cinco minutos de San Antonio María Claret*,
Equipo Editorial, Editorial Claretiana, 2006).



Cada oración revela un deseo

En la parábola, la oración se vuelve el marcador espiritual de la vida. Estos dos hombres cohabitan en nosotros, que somos el templo de Dios. El fariseo con su modo de ser, tiende a encerrarse en sí mismo, es el único artífice de su salvación. El publicano es consciente de su pecado y espera misericordia.

Ambos han hallado el camino de la interioridad, pero los dos no se encuentran con el Señor que habita en lo profundo de todo su ser. El fariseo usa a Dios como caja de resonancia para su propia gratificación, no propicia un encuentro en transparencia. El publicano grita su propia indigencia, mirando la propia verdad.

El fariseo parece deslizarse en un estado de falsedad o de ilusión, se engaña cada día. Ya ni se interroga. Algo dentro le interpela, pero no contesta. No pide, solo dice “gracias”, pero lo utiliza para contemplar lo único que le interesa: él mismo, su máscara externa, su imagen de hombre de buena voluntad, pone su esfuerzo en conformarse y creer que su búsqueda es sincera. Un trabajo agotador.

El publicano en su oración abre la herida de su corazón, la mira cara a cara. Reconoce la ausencia de algo en él. Y, desde este lugar de ausencia, invoca a su Dios; desde lo hondo de su herida original, que desde siempre no deja de atravesarle. No habla, grita hacia Dios. Su oración revela un deseo de no estar solo, de no ser rechazado. El publicano crea espacio mostrando su vacío.

¿Cuál es mi actitud de fondo al presentarme ante Dios? ¿Vivo en la rígida y enfermiza normatividad?
¿Camino hacia el corazón, quitando máscaras y engaños?

SEMILLERO

“Cuenta el libro de los Hechos de los Apóstoles que en una oportunidad Felipe, uno de los siete diáconos a los que los apóstoles les habían impuesto las manos (Hch 6, 5-6), encontró por el camino de Gaza a un etíope que sentado en su carro leía el profeta Isaías. Se le acercó y le preguntó: *¿Comprendes lo que estás leyendo?* A la negativa del etíope, Felipe le fue explicando el sentido de esas palabras” (Introducción, *¿Comprendes lo que lees?*). El Autor de la obra, con un lenguaje sencillo y cotidiano, comparte explicaciones y meditaciones profundas de las palabras y los gestos de Jesús, de modo que podamos encarnarlos en nuestra vida.

“En la parábola, el fariseo no hace un diálogo con Dios sino un monólogo; el centro de su oración no es Dios sino él mismo. La suya es una oración de acción de gracias a Dios, pero en realidad, en lugar de alabar al Padre, se alaba a sí mismo y termina despreciando a los demás comparándose orgullosamente con el publicano. Erguido frente al altar, dice que, además de observar todas las prescripciones de la ley, ayuna dos veces por semana (la ley solo pedía un ayuno en el día de la Expiación), dona el diezmo de todas sus ganancias (era solo el productor que debía pagar el diezmo sobre el trigo, el aceite y el vino, no el consumidor). Por su parte el publicano, con la mirada hacia abajo y a lo lejos, se golpea el pecho y solo atina a recurrir a la misericordia de Dios. Se les tenía prohibido a los publicanos la entrada en el templo, pero él con audacia entra en la casa de Dios haciendo un acto de fe y enfrenta el desprecio de los demás; quiere empezar una nueva vida. La humildad es la única calidad del publicano y es suficiente para atraer la bondad de Dios. Él no se compara con nadie, no busca excusas y ni les echa la culpa a otros; se remite a Dios.

Si el fariseo se siente seguro, por el contrario este se siente incómodo y pecador, incapaz de cambiar su vida... , pero confía en el Señor. El primero es condenado y el segundo, perdonado. El publicano reza el salmo 51 y Dios actúa como sigue el salmo: *un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias, Señor...*

Esta es una parábola sobre la humildad que debe impregnar toda nuestra vida y en especial la oración. El fariseo, que no es ladrón como el publicano sino honesto y religioso, apreciado por todos y observante de la ley de Dios, inclusive más allá de lo mandado, sin embargo es condenado. Él cree tener derecho a las recompensas de Dios; se siente su acreedor. Ha olvidado y descuidado el mandamiento mayor en sus dos vertientes: el amor a Dios y al prójimo. Su pecado es mucho más grave que el del publicano; es la presunción de salvarse por sí solo y de poder condenar a los demás en nombre de Dios. En esta parábola se cuestiona no solo la manera de orar sino la manera de concebir la salvación de Dios. El fariseo dice la verdad; no es hipócrita porque lleva una vida decente. El publicano por otra parte es realmente ladrón y pecador público. ¿Por qué, entonces, Dios perdona a este y condena al otro? La diferencia es que el fariseo no necesita de Dios (la salvación se le debe a él por sus buenas obras), mientras que el publicano reconoce que es pecador, no pretende nada y lo espera todo de Dios.

(...) Jesús concluye la parábola diciendo: *El que se hace grande será humillado y el que se humilla será enaltecido* (18, 14). No se trata por lo tanto únicamente de sentirse pequeños sino de ‘hacerse’ pequeños. Esto significa imitar a Jesús”.

(*¿Comprendes lo que lees?*, Primo Corbelli, Editorial Claretiana, 2013).

